

Compromiso del día 26

Leer y meditar el siguiente texto:

Mario Hiriart
Venerable



Mario Hiriart nació en Santiago (Chile), el 23 de julio de 1931, en el seno de una familia que, a pesar de ser cristiana, no practicaba su fe. A los 5 años le fue diagnosticado un tumor en la cabeza y otro en la espalda, por lo que fue sometido inmediatamente a una operación que le dejó secuelas en su rostro. Al despertar de la anestesia, preguntó llorando por qué le pasaba esto a él y no a Augusto, su hermano mayor. Sin embargo, y pese al débil estado de salud que lo acompañó durante toda su vida, jamás se le volvió a escuchar otra queja. Amalia, su hermana, le enseñó a aliviar el dolor rezando y ofreciéndoselo en secreto a la Santísima Virgen, y su abuela se preocupó por instruirlo en la fe. De hecho, fue ella quien, tras insistentes peticiones, logró que enviaran al pequeño Mario a una escuela católica.

En su hogar vivió feliz infancia, mas, al iniciar sus estudios debió enfrentarse con las burlas de sus compañeros de colegio, que, lejos de compadecerse de su enfermedad, consideraron aquello como una deformidad. Mario, además, no podía hacer deporte o jugar al fútbol, y en muchas ocasiones experimentaba acerbos dolores de cabeza que se alternaban con los de estómago; no obstante, resultaba sorprendente su compañerismo y amabilidad: se ofrecía para enseñar a sus amigos, ayudar a realizar los deberes, acompañarles... los muchachos quedaban simplemente asombrados, y acabaron entablando una bella amistad con aquel que en un principio habían rechazado.

A sus 17 años, vivió un retiro espiritual con el Movimiento de Schoenstatt que lo marcó profundamente; se enamoró de la espiritualidad que se hallaba íntimamente unida a la Santísima Virgen y comenzó a vivirla apasionadamente; decía: «A la Virgen lo que hay que entregarle, no son cosas extraordinarias, sino lo ordinario de la vida realizado extraordinariamente bien». Realizó su Consagración a María a los 18 años, y más adelante, recordando aquel momento, escribió en su diario (en el cual se dirigía a la Madre de Dios): «¿Qué significó para mí en ese entonces? Interiormente nada. (...) No fui yo quien por propio impulso fui allá e hice mi consagración, sino que Tú me llevaste, Tú me escogiste con un rasgo de tu generosidad maternal».

Fue esta tierna devoción a la Reina del Cielo, la que le permitió acercarse todavía más a nuestro Señor en la Eucaristía, a quien recibía a diario. En su diario expresaba: «¡Qué quietud, qué paz para el alma recibir todas las mañanas a Cristo, el iniciar el día en unión con Él, el sentirse confortado y vivificado por Él!» Así, viviendo en casa aquello que celebraba en la Santa Misa, comenzó a alimentar una auténtica vida de fe.

Al terminar el colegio, decidió estudiar Ingeniería en la Universidad Católica de Chile, donde ingresó en 1948. Había sido dotado por Dios de una gran inteligencia y se había graduado con las primeras calificaciones entre su clase, pero las matemáticas sin duda le costaban. No obstante, perseveró admirablemente en su carrera, llegando a obtener, por su decidido esfuerzo, también las más altas calificaciones en la universidad.

Junto con su grupo de jóvenes del Movimiento, organizó campamentos juveniles que dieron fruto abundante, ayudando a muchos a acercarse a la fe. Su salud se agravó y fue sometido a una cuarta operación. Sin embargo, volviendo su mirada a la Santísima Virgen, en 1957 con 26 años, viajó a Brasil a formarse en el Instituto Secular Hermanos de María de Schoenstatt, donde ingresó como laico consagrado (Hermano de María) dos años después.

Durante este tiempo, pese a vivir el gozo de saberse en la ubicación que Dios había

pensado para él desde siempre, debió atravesar momentos de fuerte sequedad en los que se experimentó solo... Empero, fue precisamente allí donde, asistido por la gracia divina, tomó una decisión: «Seré santo», y así se lo pidió a la Virgen: «Madrecita, ayudame a sobrellevarlo todo no con angustia, sino con alegría, dame fuerzas para seguir adelante cueste lo que cueste, hasta que pueda llegar a ser el más grande santo... Ojalá, el santo desconocido».

Retornó a su tierra con el fervoroso deseo de la santidad, y allí encendió a los suyos con el mismo anhelo. Sus amigos lo recuerdan rebosante de alegría, incluso en medio de los terribles dolores que le acometían. Al mismo tiempo, comenzó a trabajar como profesor en la misma universidad en la que había estudiado, dejando también allí huella de la caridad y del amor de Cristo. Habiendo escogido el camino de santidad en la vida ordinaria, animaba a sus compañeros de trabajo, amigos y a cuantos se encontraba, diciéndoles: «El mundo necesita ingenieros, arquitectos, abogados, agrónomos, artistas, poetas, músicos, pintores, etc., santos, que vivan su profesión de otro modo, hasta sus últimas consecuencias, centrados en Dios».

En 1964, al viajar a Alemania para visitar la capilla en la que había sido fundado el Movimiento de Schoenstatt, ocurrió un imprevisto. Días previos, había comenzado a sentirse mal, había adelgazado mucho y no podía conciliar el sueño (todo ello llegó a saberse únicamente después de su muerte, puesto que nadie le oía proferir queja alguna sólo sonrisas y alegría). Sus dolores y angustias los confiaba únicamente a la Madre de Dios en su diario; así escribió en aquel entonces: «Madrecita, mi permanencia en medio del mundo ya es una crucifixión (...). No sé qué dispondrás de mí para el futuro, pero a juzgar por lo que ha sido el pasado inmediato y el presente, en realidad has de descargar pesos muy grandes sobre mis débiles hombros. Estoy crucificado al mundo; la vida con Cristo cuesta a cada uno, como a Él, toda la sangre del corazón, la agonía del amor. Y el mundo ha de ser crucificado por mí, también he de llevar yo la cruz al mundo, obligar a otros mediante mi entrega a aceptar su cruz y ser clavados en ella. ¡Hay aquí Madrecita, una misión para toda la vida!»

Rumbo a Alemania, hizo escala en Brasil. Una vez allí y sin poder contener más los dolores, acudió finalmente al médico, que, tras examinarle, le detectó un tumor cancerígeno. Decidió operarse urgentemente en Milwaukee (Estados Unidos); mas, al ser intervenido, se descubrió que el cáncer estaba ya ramificado y que su situación era extremadamente grave.

Así pues, sobrellevó estos últimos momentos de intenso dolor, con verdadera paz y alegría, porque su fuerza se hallaba en la Virgen Inmaculada. Así le escribió en una ocasión: «Si Tú fuiste enfermera para con santa Isabel, ¿cómo no lo vas a ser conmigo, que soy tu hijo? Entonces Madrecita, cuando estoy enfermo (...) ¿no es lo más cuerdo llamarte, para que, a la cabecera de mi cama, cuides de mi dolencia? No sólo como Madre, sino también como enfermera solícita sabrás cuidar de mí en esas ocasiones. Está bien entonces lo que pensaba ayer, en ese semidelirio de dolores y fiebre; en tales ocasiones te llamo a mi lado y me recuesto blandamente en tus maternales brazos, como lo hace el Niño Jesús, apoyo mi cabeza adolorida en tu regazo, y allí descanso y duermo...»

Días antes de partir hacia el abrazo eterno de Dios, en un encuentro con un sacerdote que también era ingeniero, dijo: «Yo, como ingeniero, quiero planificar todo y saberlo todo. Y ahora estoy al borde de la muerte, a los 33 años ya no puedo planificar nada, sólo saltar a los brazos de María, para que Ella me ponga en los brazos del Padre».

Finalmente, el 15 de julio de 1964, a sólo ocho días para cumplir sus 33 años, falleció, asistido por una religiosa que lo acompañó en aquel trance. Fue declarado Venerable por el Papa Francisco el 21 de Febrero de 2020.

